

UNA GLOSA DE "EL LEÓN Y LA LAGRIMA" DE RODO

DEL LIBRO EN PRENSA · EL CAMINO ·

"El pythónico Astiages, proscripto por tiranos cuya ruina predijo, vivía, ciego y caduco, en la soledad de unas montañas ris-cosas. Le acompañaban y valían una hija, dulce y hermosa criatura, y un león, adicto con fidelidad salvaje, al viejo mago, desde que éste, hallándole, pasado de una saeta, en el desierto, le puso el bálsamo en la herida.

"De la hija del mago decía la fama una singularidad que era sobrenatural privilegio: contaban que en lo hondo de sus ojos serenos, si se les miraba de cerca, en la sombra de la noche, veíase, en puntual aumento, que abreviado reflejo, el firmamento estrechado, y aun cierta vaga luz, ulterior al firmamento visible, que era lo más misterioso y sorprendente de ver.

"Ciazar, sátrapa persa que removía, en el tedio de la saciedad, las pavesas de su corazón estragado, ardió en deseos de hacer suya a esta mujer que, en el misterio de sus ojos, llevaba la gloria de la noche. Todas las tardes, acompañada de su león, iba la doncella en busca de agua a una fuente, que celaba el corazón bravío de un monte. Ciazar hizo emboscarse allí soldados suyos, y para el león, fué un sabio nigromante con ellos, que prometió dominarle con su hechizo. Aquella tarde el león se adelantó como siempre a explorar la orilla breñosa, y no bien hubo asomado la cabeza entre las zarzas, recibió en ella emponzoñada aspersión que le postró al punto sumido en un letárgico sueño. Cuando, ignorante y con fiada, llegó su dulce amiga, precipitáronse los raptores a apresarla, busco ella con espanto a su león, se abrazó trémula al cuerpo inane de la fiera, y, al reparar en que yacía sin aliento, dejó caer sobre el león una lágrima, una sola, que se perdió, como el diamante que cayese dentro de pérsica alcatifa, en la espesura de la melena antes soberbia, ahora rendida y lánguida.

"Ya apoderados los esclavos de la heroína que codiciaba su señor, el nigromante decidió llevarle por su parte otra presea. Aproximóse con hierático gesto al león dormido, tendió hacia él las manos imponentes mientras decía un breve conjuro, y el león, sin cambiar una línea en forma ni actitud, trocóse al punto en león de mármol; tal,

"que era una estatua de realidad y perfección pasmosas. Cortaron bajo la estatua un trozo de tierra, que, convertida en mármol también, sirvió al león de zócalo o peana, y con tiro de bueyes llevaron al animal petrificado al palacio del señor.

"Cuando apartó éste su atención de la cautiva, admiró al león y quiso que se le pusiera, como símbolo, en frente de su lecho. León que duerme, potestad que reposa. Desde alta base, bajo el bruído entablamento, quitando preeminencia a los unicornios de pórvido que recogían a ambos lados del lecho, las alas de espeso pabellón de púrpura, el león, en actitud de sueño, dominó la estancia suntuosa.

"Pero en lo interno de esa estatua leonina algo lento e inaudito pasaba... Y es que, en el instante del hechizo, al tiempo de cuajarse en mármol la melena del león, la lágrima que dentro de ella había se congeló y endureció con ella y quedó trocada en dardo diamantino y agudo. La lágrima entrañada en el mármol fué como gota de un fuego inextinguible dentro de durísimo hielo; fué como imantada flecha, cuyo norte estuviere en el petrificado pecho del león. La lágrima gravitaba al pecho, pero viniendo a su paso resistencias de sustancia tan dura que cada día avanzaba un espacio no mayor que uno de los corpúsculos de polvo que hace desprenderse, del mármol en trabajo, el golpe del martillo. No importa: bajo la quietud e impassibilidad de la piedra, en silencioso ambiente o entre los ecos de la orgía, cuando las dichas y cuando las penas del señor, la lágrima buscaba el pecho.

"¿Cuánto tiempo pasó antes que con su lenta punzada atravesase la melena, hendiera la cerviz sumisa, penetrase a través del espacioso tórax, y llegase a su centro, partiendo el corazón endurecido?

"Nadie puede saberlo... Era alta noche. Hondísimo silencio en la estancia. Sólo la vaga luz que alimentaba el aceite de una copa de bronce. Bajo la púrpura, el señor, decrepito, dormía. De pronto hubo un rumor como de levisimo choque; duro latido pareció mover, al mismo tiempo, el pecho del león y propagarse en un sacudimiento extraño por su cuerpo. Y cual si resuci-

"tara, todo él revistióse en un instante de
 "un cálido y subido tinte de oro; en el fondo
 "de sus ojos abiertos apuntó roja luz, y la
 "mustia melena comenzó a enrullarse como un
 "mar en donde el viento hace ondas. Con
 "empuje que fué al principio desperezo, des-
 "pués movimiento voluntario, luego esfuerzo
 "iracundo, el león arrancó del zócalo los ten-
 "didos jarretes, que hicieron sangre, man-
 "chando la blancura del mármol y se puso
 "de pie. Quedó un momento en estupor; la
 "ondulante melena encrespóse de un golpe;
 "rasgó los aires el rugido, como una recia
 "tela que se rompe entre dos manos de Hér-
 "cules... Y cuando tras un salto de coloso
 "las crispadas garras se hundieron en el le-
 "cho macizado de pluma, quien estuviera allí
 "solo hubiera visto bajo de ellas una sombra
 "anegada en un charco de sangre miserable,
 "y hubiera visto después los unicornios de
 "pórfido, las colgaduras, los tapices, los vi-
 "drios de colores, los entablamentos de ce-
 "dro, los lampadarios y trípodes de bronce,
 "que rodaban, en espantosa confusión, por la
 "estancia, y el león rugiente, que revolvió el
 "furor de su destrozo entre ellos, mientras
 "la lágrima, asomando fuera de su corazón,
 "como acerada punta le teñía el pecho de
 "sangre."

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Es la parábola de la redención humana.

Astiages caduco y ciego es la miseria de los desvalidos. Pero bajo el quebranto de su invalidez, aun está puro su corazón de bienhechor que salvó al león herido, y aun está lúcida su mente de adivinador de destinos: Astiages es, a la vez, la solidaridad generosa; y es todavía, el trance en que se alcanza la penetración de la verdad.

Su hija es la inspiración de la gracia, que ofrece, a los sentidos, el deleite, en la seducción de su cuerpo; y al alma, la contemplación de bellezas despojadas y puras, en la noche estrellada de sus ojos, y, más arriba, aún, en aquella otra luz que se anunciaba más allá del cielo, el éxtasis de la elevación absoluta, por la intuición de la hermosura ideal. Y es también la debilidad, la ternura indefensa.

El león en libertad es la humanidad en su pureza primaria, en su bondad, en sus afectos desnudos; capaz de gratitud, de amor y protección al débil; abierta al embebecimiento estético; identificada con el ansia riesgosa por la verdad. Es el estado de naturaleza, que, si en el candor de la utopía ha sido soñado como

habiendo tenido realidad en el amanecer de una prehistoria de artificio, debemos hoy, con el rigor de la disciplina científica, desplazar, en sostenidos esfuerzos de creación, hacia el futuro, como ideal a alcanzar, desentrañándolo del fondo de las reservas del alma, donde alienta, y espera, y se muestra por momentos; como depuración que ha de lograrse; como término de justicia y de cultura para la tragedia lenta y cotidiana del hombre frente al hombre.

Ciaxar es la concupiscencia de los explotadores, la prepotencia de los mandos.

La aspersión emponzoñada que aletargó al león, antes generoso y fuerte, y el conjuro del nigromante, que lo trocó en piedra, son el prejuicio y la superstición, que adormecen, en la humanidad, las ansias de libertarse y liberar al semejante, la compasión, la simpatía, la capacidad de comprender y de sentir el oprobio y el dolor ajeno y la abyección de sí mismo. Son el prejuicio y la superstición, que impiden sondear dentro de nuestro propio ser, percibir lo que nos rodea, ver donde se mira, oír cuando se escucha; que si consienten percibir no dejan razonar, y si permiten razonar vedan sentir, e inhiben para obrar cuando acuerdan sentir. El león petrificado es la humanidad, así insensibilizada, que deja hundirse y prosperar en su carne y en su alma las raíces del privilegio y la opresión. Y no sólo no conmueve al mármol inerte su libertad perdida: él no es ya tampoco capaz de piedad. Ni se indigna por su falta de rebeldía, ni por el egoísmo que lo enerva; y hasta le falta la conciencia del propio embotamiento en que ha caído. Por ello, la posesión de la doncella consumada en presencia del león petrificado, es la satisfacción del goce egoísta lograda a expensas de la libertad y del dolor del débil, que se perpetra todos los días bajo la mirada indiferente de la humanidad anestesiada por el prejuicio y la superstición. El león petrificado fueron, ayer, los siglos y más siglos de jadedar, bajo el flagelo, del esclavo antiguo, del ilota, del paria, del mitimacuna; la vida sin derechos del plebeyo romano; el yugo milenarista del sirvo de la gleba; las tres centurias de lealtad colonial del criollo y del indio de la América española; la desheredación de Irlanda; la explotación sin tregua del negro de las plantaciones del Sur en las colonias inglesas, prolongada hasta casi un siglo después de proclamado un pre-

tendido régimen de libertad humana. El león petrificado es, todavía, el largo siglo de ley de bronce del proletariado moderno; el sopor cívico de los pueblos que consistentes cámaras hereditarias, de los que yacen hipnotizados por la aberración monárquica o por las degradantes dictaduras de post-guerra, de los que, habiendo alcanzado ya la madurez espiritual y material de nacionalidades, no han aventado aún el oprobio del coloniaje, de los que hipotecan su libertad abandonando las llaves de su riqueza a los tentáculos presionantes y crecientes de insidiosos imperialismos; es el estigma de inferioridad soportado por las razas de color; la ineducación y la ignorancia de las masas, analfabetas o alfabetas, que hace imposible en ellas la emancipación de las almas por culpa de la incuria o de los privilegios de las minorías cultas; el armamentismo alimentándose con la parte de los estómagos, de las mentes y de los corazones; la mirada, tan sólo en comienzo de extinguirse, de las incapacidades de la mujer y su afrentosa relegación a la incultura por la rutina de la aguja y hasta por el barniz incoloro de los adornos de salón, que le vedan el mundo del espíritu.

Pero el clamor de las víctimas encuentra siempre algún resquecio por donde infiltrarse hasta tocar las fuentes de la emoción colectiva. La lágrima de la cautiva es la expresión del dolor del oprimido, del indefenso, la esencia vertida de su congoja; y el acogimiento de la lágrima por el cuerpo del león no trocado aún en mármol, son la compasión, la piedad, la simpatía por el sufrimiento del semejante oprimido, para las cuales está abierta la pureza primaria de la humanidad desnuda y libre, del alma en su estado de naturaleza, del fondo incontaminado y esencial del hombre. El acogimiento de la lágrima por el cuerpo del león petrificado son las minúsculas, pero jamás totalmente despreciables, dosis de aquella misma compasión, de aquella misma piedad, de aquella misma simpatía por el dolor del explotado y del débil, a las que acompañan fatalmente un impulso, un pensamiento, una intención, de rebeldía reivindicadora, que llegan siempre a infiltrarse por entre la dura roca de los prejuicios y las incomprensiones, gracias al poder de contagio, de comunicación afectiva, immanente en la tragedia de toda víctima que se inmola, en el oprobio de toda injusticia que se consuma. La marcha de la lágrima a través

de la masa compacta e inmovible es la liberación elaborándose y ganando camino, son la idea y el sentimiento de la redención socavando silenciosamente el bloque frío y denso de las incomprensiones, los egoísmos y las rutinas inseparablemente cementados. Porque era sorda la porfiada marcha de la lágrima. Ni el más leve rumor se escuchaba en la estancia del sátrapa en tanto se operaba aquel lento y certero adentramiento de la inflexible punta: ni aún en el instante en que estaba ya por tocar el corazón del león. Así es la indiferencia, la incomprensión, la confiada ignorancia, con que todo régimen destinado a perecer porque constituye un sistema de opresión, de inercia, de supervivencias anacrónicas, se deja minar sin sentirlo, haciendo prosperar a pesar suyo los gérmenes de la rebeldía, contaminar una conciencia tras otra por la nueva verdad (cada día la lágrima avanzaba la medida de un corpúsculo de polvo). Es la insensibilidad histórica — que es insensibilidad humana — de quienes, en vez de percibir, estremecidos de terror, la inminencia de la dislocación que acabaría para siempre con la intangibilidad de su predominio o de sus intereses de clase, vieron en la gestación de la Reforma tan sólo “una pelea de frailes”, en la Revolución de Mayo una “borrachera de cuatro tunantes que salieron de un café y alborotaron al pueblo para su ruina”, y en la Revolución de 1848 “un motín que hay que dejar morir por sí solo”. Es la misma insensibilidad que hizo escribir, diez y siete días antes del 14 de Julio: “La revolución ha concluído. No habrá costado una gota de sangre”, y, varios meses después, cuando la guillotina no estaba lejos decernerse sobre las cabezas desprecupadas de sonrientes aristócratas: “Hemos tenido en estos días algunos tés encantadores. La gente se divierte”; es la insensibilidad que hizo repetir poco más tarde (es esta vez el propio Luis XVI quien se dirige a su hermano el Conde de Provenza): “La revolución está concluída”.

La lágrima llega al corazón del león, el estremecimiento sublime devuelve como en un inmenso latido total y subitito la libertad a la fiera, su salto prodigioso y su furor enloquecido acaban en un instante con Ciaxar. La concupiscencia de los explotadores, la prepotencia de los mandones, han sido suprimidas por la humanidad libertada; el ultraje y la opresión del débil ya no existen.

La redención se ha consumado. Para alcanzarla no bastó el sufrimiento de las víctimas. No bastó tampoco la idea de la liberación, ni el sentimiento de ella — exaltación dinámica del sentimiento de la injusticia. La marcha de la lágrima era un incesante despertar de ideas y sentimientos de liberación, pero transcurrió mucho tiempo antes de que ésta se operase. Era menester que ellos alcanzasen la magnitud de ideas y sentimientos colectivos. Cuando la lágrima penetró en la cerviz del león, estuvo ya en la mente de la humanidad la conciencia racional de la justicia de la redención; pero hasta tanto su corazón, es decir, el palpitante de la emoción colectiva, no fué tocado por la expresión del dolor del oprimido indefenso, la acción libertadora no pudo estallar. Requiere, así, una cadena de sucesivas integraciones para que madure un proceso de redención humana: ante todo, un estado de opresión, de sufrimiento, de injusticia; luego, la idea de la liberación, que no es sino la conciencia de la injusticia de tal estado; seguidamente, la elevación de esa idea a la entidad del concepto colectivo, por obra del crecimiento de su órbita de penetración; y, de modo paralelo a aquel nacer y ensancharse de la ideología redentora, el caldeamiento de los ánimos en la pasión de la justicia de la liberación: fuego de apóstoles al comienzo, hoguera popular al fin. Y tal proceso es fatal cuando la impulsión que lo origina es de verdad la justicia: por eso, nada detiene a la lágrima; por eso, la lágrima busca el pecho.

Optimismo inmovible, el de este símbolo, que es sustancial interpretación de la historia. Pero la sangre de una doble tragedia se derrama, no obstante, en él. El opresor aparece incapaz de regeneración, no se redime de sus culpas sino con una muerte atroz. El león libertador desgarró sus propios músculos al arrancarlos para el salto, y la lágrima le hace luego, traspasándole el corazón, una herida sangrante que le enrojece el pecho. Una admonición severa y persuasiva del redentor y la contrición sincera del victimario arrepentido habrían podido devolver a los oprimidos la libertad con igual eficacia y en medio a una elevada paz moral. Pero el símbolo sería, entonces, falso por su generalidad absoluta: mostraría siempre a la liberación alcanzada sin sangre, en tanto que, tal cual es, posee una fuerza de sugestión que le permite traducir el proceso de la reden-

ción humana en su doble posibilidad de realización: pacífica tanto como violenta.

No ha de interpretarse, en efecto, esta parábola, como queriendo expresar que la liberación haya de ser por necesidad sangrienta. La muerte trágica del sátrapa, el destrozo arrebatado de su suntuosa magnificencia, pueden sin dificultad entenderse como la imagen de la caducidad sin levante de las fuerzas de la opresión, del aniquilamiento de los lujos insultantes en que se cebaba la avidez explotadora, y, por ello, del sufrimiento que al poderoso ha de acarrearle la brusca supresión de los privilegios, las granjerías, la mollece, a que estaba habituado: codicia dilacerada, sangre en el alma. De igual manera, el desgarramiento del león, su corazón herido, pueden apreciarse como la exquisita piedad del que se conduele hasta cuando se ve forzado a castigar al indigno, hasta cuando, para sancionar una injusticia, tiene que privarlo de los bienes que detenta con abuso y sin honor: dolor del que se ve imposibilitado de perdonar, santidad del ánimo en estado de naturaleza.

Esta interpretación es la que más llanamente se siente cuando se deja hablar al símbolo el lenguaje moral de Rodó, efusión de amor, meditación tolerante, serenidad armoniosa. El Maestro no nos ha dejado escrita su explicación de la parábola: la pérdida de los Nuevos Motivos de Proteo, de que jamás habrá consuelo, nos veda conocerla. Pero no traiciono su pensamiento cuando descifro el enigma del león y la lágrima en una filosofía de la redención humana alcanzada por el amor. No es sólo en la amplitud del *reformarse es vivir*, nervio de Proteo, que ampara todos los avances auténticos y todas las emancipaciones, donde encuentra sus cimientos esta construcción: es también, y más concretamente, en inequívocos apuntamientos de una doctrina de la liberación política, económica y social del hombre, que inquietan la ideología de Ariel, de Proteo y de Próspero, y cuyas células, vivas aún y claramente perceptibles, tienen jugo de sobra para crecer y reproducirse. En cuanto al ansia de redención cultural, apenas es necesario recordar que ella es el fuego mismo que enciende toda su obra.

En lo político tronó cien veces contra despotismos, dictaduras y tiranías, exaltando invariablemente el espíritu de la libertad, como en "Juan Carlos Gómez", en "Garibaldi", en "Perfil de caudillo",

en "Montalvo", en "Bolívar" en "La tradición intelectual argentina", en "Juan María Gutiérrez y su época", en "El cenenario de Chile". Afirmó su fe democrática en Ariel, rebelándose contra cualesquiera superioridades que no fuesen las del talento, las del carácter, las del espíritu, pero exigiendo con fervor que ellas sean siempre reconocidas, y confiando en que la sociedad futura las aceptará y las buscará por el amor, por la sola devoción de los verdaderos valores humanos, revelados por la cultura difundida homogéneamente en toda la especie.

En lo económico predicó la igualdad en el punto de partida y el trabajo obligatorio. La primera, en Ariel, cuando expresa: "Desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede ser sino un punto de partida", y cuando insiste nuevamente en esa idea, de este modo: "El deber del Estado consiste en predisponer los medios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, dondequiera que existan. De tal manera, más allá de esa igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la naturaleza o del esfuerzo meritório de la voluntad". El segundo, en el himno al obrero con que cierra su discurso sobre la prensa de Montevideo, y que no es sino la exaltación, cifrada en anatema lírico, del principio de "el que no trabaja no come". Es indispensable reptir aquí sus palabras: "Esta es una aristocracia imprescriptible, porque el obrero es, por definición, el hombre que trabaja", es decir, la única especie de hombre que merece vivir. Quien de algún modo no es obrero debe eliminarse, o ser eliminado, de la mesa del mundo; debe dejar la luz del sol y el aliento del aire y el jugo de la tierra, para que gocen de ellos los que trabajan y producen: ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta; ya los que cuecen con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica las almas".

En lo social vislumbra, emocionado, la sociedad sin clases, en este mismo anatema, que comienza profetizando: "cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caídas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad, o de igualdad aristocrá-

tica y ese título será el de obrero"; y la presintió y la deseó también ya desde Ariel, en su evangelio de la democracia, que, tal como él la quiere, no ha de ser el rasero nivelador, que mediocrizaría a la humanidad rebajando las eminencias naturales del pensamiento o del arte, pero ha de asegurar, por la igualdad en el punto de partida, la posibilidad de que desde todos los fondos de la especie se levanten, por la gravitación ascensional del alma, las verdaderas superioridades humanas: "sin pretender inmovilizarlas en clases constituidas aparte de las otras, que mantengan a su favor el privilegio execrable de la casta"; pero sí para ejercer, sostenidas por la adhesión afectuosa de los pueblos, no tiranías ni opresiones, sino la siembra de las altas inspiraciones, que la conciencia colectiva recogerá por una comprensión desinteresada y pura para darse a sí misma la regulación coordinadora de todos los intereses, para adentrarse por todos los caminos del progreso, para bañar su espíritu en el rocío de la hermosura. Y sintió y defendió todas las formas de protección social: "Limitación de las horas de la jornada normal; rectificación jurídica de los fundamentos del contrato de trabajo, según un nuevo concepto de la naturaleza de las relaciones reguladas por él; protección de las mujeres y los niños obreros; indemnización de los accidentes del trabajo; observancia del descanso semanal; reglamentación de las condiciones de higiene y seguridad en los talleres; tasación del salario mínimo; inembargabilidad de los salarios; libertad de asociación gremial; reconocimiento del derecho que asiste al trabajador para la huelga; fundación de tribunales de conciliación y de arbitraje para resolver los acuerdos entre obreros y patronos; institución administrativa de la oficina de trabajo; inspección y policía del mismo; pensiones y seguros que amparen al trabajador en la inutilidad o la vejez..." "La universalidad de estos anhelos de reparación, la persistente fuerza con que subyugan las conciencias, concurren a persuadir al más indiferente de que no se trata en ellos de un simple fermento de ideas puestas en boga por los vientos de un día; sino de uno de los caracteres esenciales del espíritu de nuestro tiempo, que tiene positivas correspondencias con la realidad y que fluye de naturales consecuencias de la evolución social y de la evolución

"económica". No dió para esos postulados, en su trabajo sobre la legislación obrera, de 1908, cuando apenas empezaban a desbrozarse entre nosotros tales problemas, las soluciones más reparadoras, que, casi un cuarto de siglo después, aparecen ya como inequívocas para los espíritus verdaderamente justos y emancipados de todo interés y de todo prejuicio; pero la simpatía por el débil o el desamparado, la rebelión moral frente a las injusticias del régimen actual, se agitan en aquel documento de humanidad generosa con una sinceridad que hoy lo habría llevado a encontrar fórmulas de justicia social mucho más avanzadas. Un pensamiento suyo, de 1900, inédito, dice así: "La antigüedad nos dió en Antígona "el tipo de la hija, en Cornelia el tipo "de la madre. Pero no nos dió la inspi- "ración de la piedad, que crea hijas para "la ancianidad desvalida, madres para "la niñez desamparada". Tal era ya desde aquella época su sentimiento de la asistencia social. Después de 1914 exaltará la dignidad de las masas proletarias y su función histórica en el proceso de la redención de los oprimidos, recordando, en su discurso de homenaje a Bélgica, "los ecos del glorioso grito rebelde, "de aquel "Vivan los "gueux"! que allí "resonó por vez primera y fué la con- "signa de las muchedumbres insurrectas "que, ostentado como blasón de demo- "cracia las apariencias de la mendici- "dad: el sayal ceniciento y la escudilla "de palo, dieron al estupendo siglo XVI "una de sus páginas más bellas, y uno "de sus triunfos mejores a la historia "de la libertad humana".

No traiciono, pues, el pensamiento de Rodó, al interpretar la historia del león y la lágrima, elevando sus símbolos sangrientos a la categoría de abstracciones, como la redención humana alcanzada por el amor. Pero tampoco lo traiciono cuando afirmo que ella permite también, si se la toma en su sentido más realista, ser traducida como la redención humana alcanzada por la violencia. En Motivos de Proteo está escrita esta página: "Cambian los pueblos mientras viven; mu- "dan, si no de ideal definitivo, de fina- "lidad inmediata; pruébanse en lides "nuevas; y estos cambios no amenguan "el sello original, razón de su sér, quan- "do sólo significan una modificación del "ritmo o estructura de su personalidad "por elementos de su propia substancia "que se combinan de otro modo, o que "por primera vez se hacen conscientes;

"o bien cuando, tomado de afuera, lo "nuevo no queda como costra liviana que "ha de soltarse al soplo del aire, sino "que ahonda y se concierta con la viva "armonía en que todo lo del alma or- "dena su impulso.

"Gran cosa es que esta transformación "subordinada a la unidad y persistencia "de una norma interior, se verifique con "el compás y ritmo del tiempo; pero, lo "mismo que pasa en cada uno de nos- "otros, nunca ese orden es tal que vuelva "inútiles los tránsitos violentos y los "bruscos escapes del tedio y la pasión. "Cuando el tiempo es remiso en el cum- "plimiento de su obra; cuando la inercia "de lo pasado detuvo al alma largamen- "te en la incertidumbre o el sueño, fuerza "es que un arranque impetuoso rescate "el término perdido, y que se alce y "centellee en los aires el hacha capaz de "abatir en un momento lo que erigieron "luengos años. Esta es la heroica eficacia "de la revolución bélica, enviada de Pro- "teo a la casa de los indolentes y al "encierro de los oprimidos".

Siendo inequívoca, pues, la existencia de un credo pacífico y otro credo violento de la liberación de los oprimidos en el pensamiento de Rodó (ley fundamental el primero, eventual excepción el último), ha de interpretarse en esta forma su filosofía de la redención humana: la educación de las masas, la difusión de la cultura, la verdadera democracia, operarán la redención por el amor; pero, cuando el empeñamiento de la intolerancia, de la incompreensión, de la prepotencia, no quiera dejar lugar para el amor, la redención ha de lograrse por la revolución.

Para esta última hipótesis, la muerte de Ciaxar y la desatentada destrucción de las riquezas de su estancia empurpurada, no podrían descifrarse más que como el aplastamiento de los opresores por los oprimidos y el loco aniquilamiento de cuantos símbolos y atributos hubieran servido para que se ostentara la vanidad de su poder, en tanto que las heridas del león mostrarían el dolor de la humanidad, recobradas, con el estado de naturaleza, su sensibilidad y su conciencia, en medio del furor de la convulsión colectiva: porque al matar y despedazar por la libertad ha tenido que violar el sagrado de la compasión y del amor, atentar contra un trozo de sí misma, destrozarse carne de su carne, derramar sangre de su sangre.